

ANTONIO MARTÍNEZ

3 de diciembre de 1976

Todo movimiento cultural o espacios colectivos eran considerados como potencialmente peligrosos y subversivos, y las actividades del grupo de Teatro de Propulsora Siderúrgica integrado por trabajadores de la fábrica, eran espiadas por los servicios de inteligencia. El 5 de noviembre de 1971, el Coronel Pascual Esteban Carlucci, jefe del Destacamento de Inteligencia 101, en un memorándum *“estrictamente secreto y confidencial”* le solicitó al jefe del Servicio de Inteligencia de la Policía bonaerense, que averiguara, entre otras cuestiones, los *“antecedentes generales que se posean de las personas mencionadas, especialmente las ideológicas”*. Antonio Martínez integraba el elenco de aquel grupo de Teatro dirigido por Rodolfo Sarandria y que ensayaba en el salón de actos de la empresa. Formaban parte como actores y actrices Carlos Petracchi, Liliana Cattaneo, Juan Flores, Alicia Lunazzi, Norma Perez, Juan Carlos Archinti, Rosa Spezzaferro. Antonio no sólo actuaba sino que también colaboraba en tareas de iluminación junto a Héctor Bercovick y Jorge Bengardini; Antonieta Marini maquillaba al elenco y de la escenografía se encargaba Héctor Ostrovsky.

“Cuatro paredes y un techo” fue el título de la obra escrita por Renée Lew y Carlos De Marzi que se estrenó en los primeros años de la década del 70 en el salón del Hogar Social de Berisso. Una comedia de autores argentinos, que relataba las peripecias de una familia que cotidianamente peleaba por salir adelante. Su sobrina, Graciela Vega disfrutó de aquellas funciones en el Hogar Social y en otros espacios culturales de la ciudad de La Plata *“... a mi tío le encantaba actuar, le gustaba mucho el teatro, pero no era lo único que hacía, fue un gran artesano, para una Navidad armó un arbolito con pedazos de acrílico, con lucecitas, estrellas y otros materiales. Una belleza. Al día de hoy si le preguntás a sus hijos Lucía o Antonio, vas a ver que se acuerdan. Yo lo acompañaba al teatro y a otros lugares. Militaba mucho, iba al local de la JP que estaba en donde funcionó años después la confitería Alcatraz (Montevideo y Hamburgo), otra era la de la calle Nueva York y Cádiz o la unidad básica ‘Evita Montonera’ de la calle Industria (15) entre Unión (153) y Tolosa (154). La primera vez que los chicos del barrio fueron a la ‘República de los Niños’ fue un viaje que él organizó. Para las fiestas siempre lo veías repartiendo mercadería entre los vecinos. Era un activista muy importante, muy respetado y querido”* expresó Graciela. Las unidades básicas que mencionó su sobrina tenían como responsable político a Héctor Pedro el Negro Retamar, uno de los referentes de Montoneros en Berisso. Graciela recordó algunos nombres como el de Alfredo el Chafre Fornasari, Mario Tucuta Revoledo, Cacho Borean, entre otros.

Propulsora Siderúrgica comenzó a funcionar en 1969 y empleaba entre 1500 y 1800 trabajadores estables, que llegaban a 4000 con los diversos trabajadores externos. Propulsora formaba parte del grupo Techint, creado y dirigido por la familia Rocca. La representación de esos trabajadores se la disputaban mayoritariamente dos gremios: uno, la histórica UOM (Unión Obrera Metalúrgica) liderada a nivel nacional por Lorenzo Miguel y la otra ASIMRA (Asociación de Supervisores de la Industria Metalmeccánica de la República Argentina), la primera organización gremial de supervisores de toda América. ASIMRA comprendía la



Martínez con su esposa Lidia y sus hijos Lucía y Antonio.

franja obrera que representaba supervisores, capataces, encargados, técnicos de todas las especialidades y personal de vigilancia de la industria metalúrgica.

Las condiciones laborales, sanitarias y salariales de los empleados de Propulsora, no atendidas adecuadamente por la dirigencia de la UOM de aquellos años, generaron al calor del “Luche y Vuelve” y de la recuperación de la democracia en 1973, que militantes sindicales del peronismo, comunistas y socialistas conformaron la Lista Blanca que expresaba los reclamos de los trabajadores. Antonio acompañó e impulsó la propuesta de sus compañeros. El 23 de mayo de 1974 comenzó una toma de la fábrica que llegó a durar tres meses, siendo apoyada por la comunidad de la región y consiguió que una comisión interna que no respondía al sindicato, fuera reconocida por la empresa. En esos años los trabajadores del país crecían en organización y combatividad. Celestino Rodrigo, ministro de Economía de la presidenta Isabel Martínez de Perón, implementó un plan económico rechazado nacionalmente. En nuestra región los trabajadores de casi todas las fábricas conformaron “*la Coordinadora Interfabril de Gremios, Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en Lucha de La Plata, Berisso y Ensenada*”, con el objetivo central de enfrentar los despidos y el plan de ajuste que implicaba el “Rodrigazo”. Las asambleas, movilizaciones y paros realizados en todo el ámbito nacional forzaron la renuncia del ministro. En esta etapa, la sindicalización e iniciativa de los trabajadores de Propulsora los convirtió en blanco de la Triple A y la CNU, accionar que se incrementó en dictadura.

La noche del 23 al 24 de marzo de 1976, las fábricas de La Plata, Berisso y Ensenada se convirtieron en escenario del horror. Desde las cuatro de la madrugada, el Batallón 3 de Infantería de Marina ocupó la planta de Propulsora Siderúrgica. Con lista en mano, fueron subiendo a los trabajadores a un colectivo y los ataron al pasamano. Su destino: los centros clandestinos de detención y tortura. Otro tanto sucedió en Astilleros Río Santiago y el Frigorífico Swift. La empresa, de acuerdo a las denuncias efectuadas, entregaba información a las Fuerzas Armadas que facilitaban la detención en planta o en los domicilios particulares, de un número importante de operarios; permitió después del 24 de marzo, la instalación de una carpa con personal militar frente a la gerencia, que controlaba los

movimientos internos. Al ingresar, los trabajadores eran acompañados al vestuario, apuntados con fusiles o tirados al piso, para revisar las taquillas y sus pertenencias, si encontraban volantes o revistas eran detenidos. El saldo fue de seis trabajadores asesinados, diecinueve desaparecidos y decenas de detenidos y exiliados.

Después del golpe, Antonio siguió militando pero con más cuidados. Nunca se engañó, sabía que su compromiso y militancia podían tener “vuelto” y ese vuelto llegó. El viernes 3 de diciembre de 1976 alrededor de la una de la mañana, un grupo de entre veinte y treinta personas llegaron a buscarlo, rodearon su casa que era tipo chorizo, con un pasillo al medio, dividido por una pared que a izquierda y derecha y pegados uno al lado del otro estaban los departamentos; Olga Gómez vivía en el segundo a la izquierda y la familia Martínez en el primero a la derecha, el que daba a la calle, “... esa noche sentimos ruidos, voces, gente caminando por los techos, nuestros pasillos eran vecinos, se subieron a mi techo y a los techos del pasillo de él, cuando vi eso le pedí a mi hija, que era muy chiquita, que se metiera debajo de la cama y no saliera por nada, era tanto el temor en esa época que todos pensábamos que venían por todos nosotros. Norma Monti ocupaba el departamento 8 de mi pasillo, se asomó al patio trasero y personas con armas largas le apuntaron de manera amenazante ordenándole que se metiera adentro”.

Antonio se encontraba descansando con su esposa. Sus hijos Laura de 4 años y Antonio de 5 dormían en la habitación contigua. Antes de acostarse, habían acomodado la ropa y la filmadora arriba de la cómoda, al otro día tenían la fiesta de egresado en el jardín de Antonito. El que lideraba golpeó la puerta “*Salí Martínez, somos la Federal*”. Él respondió “*un momentito ya salgo*”. Ni bien abrió la puerta, lo apuntaron, se quedó quieto, la necesidad de proteger a la familia adormecía cualquier intento de resistencia. Estaba descalzo y con lo puesto cuando saltó de la cama. “*Usted señora quédese adentro con los chicos y cumpla lo que le pido*” dijo el jefe que además le pidió calzado para su marido. Lidia, con la velocidad que despierta la incertidumbre, le entregó las zapatillas y a cambio, sin saber el porqué del canje, recibió el anillo de casamiento con una pulsera de oro que él usaba. Revisaron la casa, contrario a lo que sucedía habitualmente, respetaron el sueño de los chicos y se movieron en silencio. Lidia se quedó viendo en el pasillo como esos hombres de uniformes verdes y azules, otros de civil y algunos ridículamente con pelucas rubias, se llevaban a su marido. El que comandaba el grupo le dijo “... *le hacemos unas preguntas y te lo traemos de vuelta*”, repitiendo un latiguillo falaz que generaba esperanza donde no la había. Los vecinos miraban entre alarmados y curiosos semejante movimiento en la madrugada, uno se animó a preguntar qué pasaba y recibió la orden de meterse adentro. Beto el “tucumano”, un adolescente que vivía en el mismo pasillo, vio cuando a Martínez lo metieron a empujones en un auto, le pusieron una capucha mientras el resto subía al camión militar que esperaba. Nadie lo pudo afirmar pero es muy probable que ya estuviera en esa “caravana” Luis Witoszynski, secuestrado minutos antes de su casa en Villa San Carlos. Esa noche también se llevaron de Ensenada a Héctor Ricardo Villarnobo, los tres, trabajadores de Propulsora Siderúrgica.

La familia de Martínez, como en la mayoría de los casos, radicó la denuncia del secuestro en la Comisaría 1ª de Berisso, obviamente nunca obtuvieron respuesta. Su esposa Lidia Regina Gallo recorrió distintas dependencias policiales, fue al Regimiento 7 del Ejército, a la Prefectura de Ensenada, al BIM 3 e incluso a la Catedral, donde se entrevistó con José María Montes, designado por el Papa Paulo VI obispo auxiliar del Arzobispado platense que lideraba Monseñor Antonio Plaza, quien le recomendó que “*cuidara a esos hermosos*

hijos que tiene". La empresa le enviaba telegramas demandando la inmediata reincorporación a desempeñar tareas laborales, ella respondía siempre de la misma manera: *"no está, se lo llevaron"*.

Al momento de su desaparición Martínez era afiliado a ASIMRA. El sindicato colaboró alrededor de un año con una ayuda económica a la familia. En Propulsora Siderúrgica se desempeñaba como operador de grúas y había sido ascendido a jefe de turno. Alejandro Sandez, dirigente histórico de la empresa, cumplía tareas en la sección llamada "pool", eran operarios preparados para cubrir puestos en cualquier sector y mencionó que a Martínez le decían el "Sucito", una chanza recurrente por su pulcritud. Lo conoció en el sector de Grúas, *"era un militante gremial, un compañero, reconocido en la fábrica, que siempre estaba donde había que estar, lo que en esos días no era poca cosa, muy buen compañero, buen tipo, luchador, tenía sus convicciones muy firmes, y no lo ibas a convencer así nomás de cualquier cosa, el Negro tenía esa idea de ayudar al más necesitado. Quería una política distinta, hacer un país mejor en base al trabajo y la dignidad. Hubiera sido un buen político, tenía carisma"*.

En 1984 con la conformación de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas), Lidia Regina Gallo ratificó la denuncia y los reclamos que venía efectuando desde el día en que su esposo abrió la puerta de su casa en la calle Río de Janeiro N°4660 Dto 1, al "Grupo de Tareas" que se identificaba como Policía Federal y le decían que se metiera adentro para no despertar a los hijos. Antonio tenía 33 años, nacido en Las Breñas a 257 km de Resistencia, en una ciudad ubicada sobre el relieve que dejó el antiguo curso de un río, y que por las paradojas de la vida, es la "Capital Provincial del Inmigrante" del Chaco. Le gustaba el folklore y según su compañera era un excelente bailarín, le faltaba un año para recibirse de profesor de Danzas Folklóricas.

No existen testimonios de su paso por algún Centro Clandestino de Detención. Continúa desaparecido y su caso aún espera justicia.